

La última corrida

2

En Bogotá soplaba un viento frío por los adoquines de la plaza de Santa María, proveniente de los nevados occidentales que brillaban a lo lejos. Cuando el último toro de la corrida de aquel domingo, a finales de marzo de 1949, salió a la plaza, los espectadores comenzaron a aplaudir para entrar en calor y animar al toro y al torero. En unos minutos se dieron cuenta de que el animal no tenía intención alguna de morir dignamente y menos dando un espectáculo. Era demasiado lento, casi manso. Tal vez resignado. Nada parecía sacarlo de su pereza. Ni los aplausos, que se transformaron pronto en protestas y luego en silbidos e insultos, ni la capa roja que el esbelto torero agitaba ante sus ojos, y tampoco la media docena de banderillas que le fueron clavadas sin piedad en el lomo. El público comenzó a gritar. Un joven saltó la barrera y se lanzó al ruedo. Fue detenido por un par de policías, y arreciaron las protestas. Después de unos momentos fue imitado por otros, produciéndose frenéticas escaramuzas con los agentes.

Aquella fue, desde ese momento, la verdadera corrida. Dentro del ruedo había ya un sinfín de gente. Los policías desistieron, retrocediendo pistola en mano hacia la salida. Lo mismo hizo el atónito torero, empuñando la espada. Detrás de él salieron los picadores. El toro se quedó solo, rodeado por un centenar de hombres descamisados y vociferantes. Por un momento pareció salir de su letargo. Hizo un intento de atacar, pero quedó sin más paralizado, como una estatua en medio de la arena. El círculo se fue estrechando a su alrededor. Aparecieron cuchillos y puñales e inclu-

so un machete y un hacha. Y algún revólver. Sonó un disparo. Fue la señal del asalto. De pronto se le echaron todos encima. El toro apenas conseguía mover el testuz, mugiendo desesperadamente. Un hombretón lo agarró por los cuernos, los demás empezaron a darle patadas y puñetazos. Acabaron despedazándolo. Primero le cortaron el rabo, luego los ambiciosísimos testículos y las orejas. El toro daba bramidos que parecían humanos pero nadie se apiadaba de él. Muchos le hincaban los cuchillos por el lomo o le agarraban con las manos para arrancarle pedazos de carne. Las heridas salpicaban de sangre a quienes se apostaban sobre el animal.

Reducido a una masa de carne viva, el toro acabó cayendo sobre un costado, aplastando a un muchacho, aunque nadie pareció darse cuenta de ello. Todos continuaron golpeándole, excitados por el olor de la sangre. Cuando le sacaron las vísceras, alguno vomitó. Quien no tenía cuchillo trataba de arrancar trozos de carne con las manos. Había hambre en aquella violencia. Un hombre tiznado de rojo se alejó del revuelo con una masa oscura palpitante, que debía ser el corazón. La orgía concluyó solamente cuando los policías dispararon al aire. Tardaron unos minutos en apartar al gentío de aquella masa de carne y arena, bajo la cual continuaba gritando y agitándose el muchacho atrapado. En el cielo aparecieron, puntuales, los primeros buitres.¹

En los primeros meses de 1949 muchos hombres, mujeres y niños acabaron como el toro: descuartizados, degollados o decapitados, con una ferocidad que es difícil de encontrar en una guerra civil. La violencia no había abandonado Colombia desde la guerra de la independencia de los españoles. En diciembre de 1829, Simón Bolívar murió consumido por la tisis pero también por la desilusión de no haber logrado gobernar ni siquiera el país sobre el que había pretendido edificar el sueño de una sola nación americana. Sin olvidar los egoísmos de los caciques locales, ni las maquinaciones de sus generales, el Libertador había sido vencido sobre todo por la geografía. Su Colombia se había manifestado como una especie de archipiélago refractario a cualquier autoridad central, dividida por tres imponentes cordilleras y por ríos caudalosos como el Magdalena y el Cauca, y con enormes diferencias en su interior, como eran la costa atlántica y la pacífica, los desiertos del Caribe, los altiplanos, las interminables selvas amazónicas y las inmensas llanuras orientales.²

1. Sobre la corrida véase Alape (1983) y Galeano (1989).

2. La reconstrucción histórica del capítulo, en Oquist (1986), Pearce (1990) y Sánchez y Meertens (1988).

Los conquistadores no habían encontrado en aquella tierra un imperio semejante al de los mayas o los incas, sino miles de pueblos diferentes entre sí que tardaron siglos en rendirse al rey de Castilla. Los mismos españoles primero, después Bolívar, y posteriormente los diferentes gobiernos republicanos de Bogotá, se vieron envueltos más que ningún otro país de Latinoamérica en endémicas guerras civiles y continuos conflictos de guerrilla. Un académico inglés dijo que en Colombia “es posible crear una guerrilla hasta en el jardín de casa”. Hay, desde luego, espacio para todos, pero también la posibilidad de matarse hasta el infinito.

Entre 1848 y 1849 los conservadores y liberales se constituyeron en partido, e inmediatamente se declararon enemigos y comenzaron a matarse entre sí. Desde entonces, también en el siglo XIX, además de dos guerras con Ecuador, se libraron en Colombia ocho guerras civiles de ámbito nacional y 14 regionales, además de estallar innumerables revueltas. Una carnicería ininterrumpida, realizada, paradójicamente, en nombre o a cuenta de dos partidos semejantes por su nacimiento y convertidos con el tiempo uno en copia del otro.

Es cierto que hace siglo y medio, sus jefes agitaban consignas diferentes. “Dios, patria y familia”, los conservadores; “Liberté, égalité, et fraternité”, los liberales. El fundador del Partido Conservador, Mariano Ospina, declaró las doctrinas de la Revolución Francesa “funestas y contrarias a las costumbres de la nación”. En su oscurantismo, los conservadores consideraban a la Iglesia como un bastión contra la barbarie, mientras que los liberales la juzgaban un obstáculo para la modernización del país.

Aunque divididos por el cielo, ambos partidos se unían en cuestiones terrenas y, sobre todo, en un “miedo al pueblo” común. Los liberales parecían secundar las reivindicaciones populares, pero las traicionaban puntualmente cuando atacaban los intereses de la oligarquía en el poder. Por ejemplo, apoyaron las sociedades democráticas, pero las reprimieron, unidos con los conservadores, cuando aquellos embriones de sindicatos obreros comenzaron a luchar bajo el lema “Pan, trabajo o muerte”. Ambos partidos practicaban la táctica política de la exclusión del adversario, que podían realizar de manera despiadada el uno contra el otro, pero que los unía cuando algún grupo político o social ponía en peligro sus privilegios (Tirado, 1971; Pecaut, 1979).

En el siglo XIX tanto liberales como conservadores solían confinar a los perturbadores del orden y de la moral –revoltosos endurecidos, ladrones, prostitutas, vagabundos e hijos ilegítimos– en los llamados “basereros sociales” de las selvas del Carare o sobre las montañas del Quindío.

Allí fue donde se desarrollaron núcleos de sociedades espiritistas, grupos masónicos y bandas de malhechores. La misma táctica provocaría en la segunda mitad del siglo XX el nacimiento de “repúblicas independientes”, en las que se formaron las actuales guerrillas comunistas.

Cuando no tenían un enemigo común que combatir, liberales y conservadores trataban sobre todo de excluirse mutuamente de los organismos del Estado, que ambos consideraban un botín a conquistar y un arma para anular al partido adversario, utilizando la magistratura, la policía y el ejército cada vez que alcanzaban el poder. Si lo juzgaban oportuno, movilizaban al pueblo. En las ciudades, y sobre todo, en las zonas rurales, los colombianos se dividieron, sin darse cuenta siquiera, en rojos (liberales) y azules (conservadores), acostumbrándose a matar y a morir en guerras cuya razón desconocían absolutamente. La de 1876, proclamada por los conservadores para frenar el proyecto liberal de introducir la escuela laica en lugar de la religiosa, fue librada por una masa de pobres que no había podido frecuentar ni una ni otra.

Los conservadores creían luchar en nombre de Dios, y los liberales por confusos ideales de justicia y progreso. Pero lo hacían sobre todo porque habitaban en la zona donde el cacique era un latifundista que los trataba y explotaba de la misma manera, fuera rojo o azul. Las mismas atrocidades de las guerras contribuyeron a consolidar lazos indisolubles con un partido y a radicalizar odios frente al otro, atrocidades que eran llevadas a cabo sin hacer diferencia alguna entre un adversario armado o desarmado.

Las razones de la pertenencia partidista por parte de los ricos: latifundistas, comerciantes, industriales o notables (que se dividieron ecuánimemente en liberales y conservadores) eran menos sangrientas, visto que podían ser otros quienes muriesen por ellos, pero no más nobles. En 1899, por ejemplo, los liberales empezaron la guerra de los Mil Días, porque los conservadores los habían excluido de todo cargo público. Después de tres años en los que, como escribió un político de la época “un viento de muerte había pasado sobre el país entero”, dejando sobre el terreno más de 100.000 víctimas, Colombia se precipitó en el caos. Estados Unidos se aprovechó de ello en 1903 para instigar una revuelta secesionista en Panamá y reconocer inmediatamente la república que se proclamó a continuación, asegurándose la construcción y la propiedad del canal transoceánico. Los 25 millones de dólares de indemnización por lo que fue definido como “el robo de Panamá”, junto con los cobros derivados de las concesiones territoriales a las multinacionales del petróleo y de la fruta, sirvieron para organizar el Estado, cuyo control se convirtió en una cues-

tión (en sentido literal muy propio de Colombia), de vida o muerte para los dos partidos.

“Se podría afirmar de forma genérica, sujeta naturalmente a excepciones, que no hay ninguna empresa grande, ninguna industria próspera y rica en el país que no tenga el amparo de una ley, decreto o contrato”, admitió en 1936 el presidente liberal Alfonso López Pumarejo. El Estado era quien decidía la fortuna de los latifundistas y de los industriales, concediendo o negando los créditos agrarios, los contratos para obras públicas, las exenciones aduaneras, los descuentos fiscales y el apoyo institucional en los conflictos laborales.

Mientras ambos partidos se diferenciaban cada vez menos, tanto en los programas como en la práctica, la afiliación política constituía paradójicamente el aspecto determinante de la sociedad colombiana, pues dividía no solamente a los proletarios de las ciudades y de las zonas rurales, sino también a sectores ajenos a los procesos de producción, como por ejemplo las mujeres, ancianos o niños. Nadie podía proclamarse neutral y sentirse seguro. En un comunicado conjunto de marzo de 1949 liberales y conservadores admitieron que “para vergüenza de nuestra cultura política, acontece que en algunas regiones del país existen poblaciones donde la violencia ha adquirido caracteres permanentes y sistemáticos, hasta el punto de que a los miembros del partido minoritario les ha sido casi imposible continuar viviendo allí y han tenido que abandonar sus hogares y sus bienes”. Dado que la violencia lo seguía a uno por todas partes “más que una novia fea”, como se dice en Colombia, no bastaba con huir para salvarse. La creación de zonas políticamente homogéneas, del todo rojas o azules, exponía a los habitantes a la masacre de bandas contrarias.

Durante el periodo ininterrumpido de gobierno conservador, entre 1885 y 1930, surgieron las primeras fábricas, sobre todo textiles, de cigarrillos y cerveza, y se comenzó la construcción de carreteras, líneas ferroviarias y puertos. El ejemplo de la revolución bolchevique animó a la formación de sindicatos y partidos socialistas, que preocupó a los liberales incluso más que a los conservadores. “No veo razón alguna en fundar un tercer partido cuando todas las aspiraciones de los trabajadores encajan en el liberalismo”, afirmó un político liberal durante la campaña electoral de 1922. Los trabajadores colombianos se tomaron en serio las ideas socialistas. En algunas regiones se llegó a bautizar a los hijos con la fórmula “en el santo nombre de la humanidad oprimida”. Entre los más activos se contaban los trabajadores del puerto, los transportadores del río Magdalena y los petroleros de la ciudad de Barrancabermeja, que promovieron fuertes huelgas en 1924 y 1927. Pero la lucha más dura la llevaron a cabo

los braceros de las plantaciones de banano, propiedad de la norteamericana United Fruit.

Después de diez años esperando una respuesta de la dirección de Boston, en los últimos meses de 1928 los trabajadores bananeros de la zona de Santa María se cruzaron de brazos. Sus reivindicaciones eran siempre las mismas: descanso semanal, condiciones sanitarias humanas, seguros contra los accidentes laborales, algún aumento de sueldo y, sobre todo, el pago del salario en dinero y no en bonos que había que gastar en los comercios de la empresa, donde se podían adquirir solamente, y a precios carísimos, las mercancías *made in USA*, importadas para aprovechar el viaje de regreso de los barcos que habían llevado el banano a New Orleans. El 5 de diciembre miles de personas, entre las que estaban no sólo los braceros y sus familias sino también los comerciantes de la zona, empobrecidos por la United Fruit, ocuparon la estación ferroviaria de Ciénaga a la espera de la llegada de un negociador del gobierno. Pero lo que el gobierno mandó fue el ejército. Un coronel leyó el decreto de desalojo ante la multitud exasperada, llamando incluso forajidos a los huelguistas. Tras mandar a la gente que se dispersara, el coronel no esperó siquiera el cumplimiento del ultimátum y ordenó a sus soldados que disparasen contra el cuerpo. Cientos de cadáveres quedaron tendidos sobre la plaza de la estación. Si no hubiera sido porque Gabriel García Márquez lo contó en su *Cien años de soledad*, la masacre de Ciénaga habría pasado como uno más de tantos excepcionales e incomprensibles episodios de violencia.

Aquella matanza indujo a la compañía norteamericana a cambiar la modalidad de explotación. La United Fruit pasó a llamarse Frutera de Sevilla y, para no verse implicada en cuestiones laborales y de orden público, comenzó a funcionar como financiera, prestando capitales a los productores locales y reservándose el derecho de fijar los precios y las variedades agrícolas que se debían comprar. En pocas palabras, se lavó las manos e hizo que se las ensuciaran los latifundistas locales, como sucedería unas décadas más tarde en las haciendas Honduras y La Negra. La carnicería de la Ciénaga dejó claro, además, que las Fuerzas Armadas colombianas estaban dispuestas a actuar como un pelotón de ejecución de su pueblo, con tal de proteger los intereses del capital extranjero. Para los generales no se trataba solamente de una elección política o ideológica. Las empresas norteamericanas, sobre todo las petroleras, estaban acostumbradas a confiarles la protección de sus dirigentes y de sus instalaciones.

Entre los pocos que protestaron contra aquellos estragos se destacó el joven abogado Jorge Eliécer Gaitán, líder de la Unión Nacional de la Izquierda Revolucionaria (UNIR), que movilizó a los campesinos en mu-

chas regiones bajo la consigna: “La tierra para quien la trabaja”. Gaitán imprecaba contra las falsas divisiones en el seno del pueblo.

En Colombia hay dos países: el país político que se preocupa por las elecciones, las sinecuras burocráticas, los privilegios y las influencias... El país político y la oligarquía son la misma cosa. Y el país nacional, el pueblo que piensa en su trabajo, su salud, su cultura... Nosotros pertenecemos al país nacional, al pueblo de todos los partidos que luchan contra el país político, contra las oligarquías de todos los partidos.

Gaitán comprendía que el principal enemigo de Colombia era el partido único con dos caras, que protegía solamente los intereses de las oligarquías, mientras éstas a su vez saqueaban el país y despreciaban al pueblo. Liberales y conservadores, sorprendidos por sus ataques, comenzaron a reaccionar, soltando a sus matones. A partir de 1934 los jefes campesinos de UNIR cayeron bajo los disparos de las guardias regionales financiadas por los latifundistas. Después de matanzas de docenas de militantes, Gaitán decidió hacer confluír su movimiento con el Partido Liberal, en el que tenía cabida todo, y que desde hacía algunas décadas oscilaba entre su confluencia con los conservadores en el Congreso de Bogotá, y la amenaza, apenas insinuada, de una insurrección armada. La doble política del Partido Liberal continuó incluso tras su victoria electoral de 1930, conseguida gracias a las divisiones surgidas entre los conservadores.

El nuevo régimen intentó modernizar el país, especialmente bajo la presidencia del banquero Alfonso López Pumarejo. Hijo del mayor exportador de café, el líder liberal creó muchas esperanzas proclamando la “Revolución en marcha”, y promulgando la Ley 200, que reconocía la función social de la propiedad de la tierra, y preveía una distribución controlada de los terrenos no cultivados. La nueva dirección, que para algunos liberales era simplemente “el fin de la Edad Media”, provocó la encendida reacción de la Iglesia, que se transformó en uno de los mayores instigadores de la violencia. El obispo de Santa Rosa, por ejemplo, manifestó que el progreso causaba “una terrible regresión espiritual de los trabajadores, que se olvidan de Dios para entregarse al baile, al juego y a la fornicación”.

López intentó situar a los sindicatos bajo el control estatal, como había sucedido en el México posrevolucionario, contando asimismo con el apoyo del Partido Comunista recién creado (PCC), que mostraba gran moderación, oponiéndose a la ocupación de la tierra. “No somos subversivos. Los únicos subversivos son los conservadores falangistas. Nosotros los comunistas aspiramos a convertirnos en los campesinos de la paz y del

orden", escribía en 1937 el periódico comunista *Tierra*. La izquierda esperaba que López realizara las reformas prometidas y, sobre todo, hiciera cumplir la famosa Ley 200. Pero se hacía ilusiones.

Cansados de esperar, los campesinos comenzaron a ocupar las zonas no cultivadas. En algunas regiones de la cordillera fueron constituidas las primeras organizaciones de "autodefensa campesina", como la Guardia Roja o las Juntas de Colonos, para resistir a los ataques de los militares y de los primeros grupos de paramilitares organizados por los latifundistas, y asimismo, para obtener del gobierno central el reconocimiento de sus derechos a la tierra. También para enfrentarse a las protestas de los trabajadores se constituyeron diversas organizaciones patronales, desde la Federación Nacional de Cafeteros hasta la Asociación Nacional de Industriales (ANDI) y la de ganaderos, Fedegan. El Partido Conservador contrapuso a la famosa "Revolución en marcha" liberal, una más concreta "Revolución en el orden", lanzando continuas llamadas a la movilización contra los subversivos y los ateos.

Obligado a elegir una de las partes, López Pumarejo se tragó durante el segundo gobierno todos los proyectos reformistas, anulando de hecho la Ley 200. Su sucesor, Alberto Lleras Camargo, que sucedió a López tras haber dimitido éste por un escándalo financiero, se alineó contra los sindicatos y el creciente movimiento obrero y campesino. En la asamblea de la ANDI manifestó que "a medida que el obrero, urbano o rural, obtiene mejores salarios, asegura el pago de las horas extras, se garantiza contra el riesgo del trabajo y contra la enfermedad y el desempleo, la producción comienza a disminuir su ritmo". El nuevo presidente liberal se lanzó a un pulso con el sindicato de transportadores del río Magdalena, que había convocado una huelga declarada ilegal. Afirmando que no podía permitir que en Colombia hubiera "dos gobiernos, uno en el río y otro en el resto del país", reprimió con dureza aquella movilización y las diversas huelgas declaradas en apoyo. En el Partido Liberal explotó entonces la divergencia entre el ala moderada y burocrática, dirigida por Gabriel Turbay, y la populista, guiada por Gaitán, convertido para entonces en un infatigable movilizador de masas.

El Partido Conservador aprovechó aquella división para elevar a la presidencia a su candidato Mariano Ospina Pérez. Pero las elecciones de 1946, marcadas por la violencia y las acusaciones de fraude, consagraron el extraordinario impacto de Gaitán, que obtuvo casi los mismos votos que el candidato oficial del Partido Liberal, Gabriel Turbay. Sus discursos eran difundidos por las emisoras radiofónicas más importantes de Colombia y escuchados con veneración hasta en las zonas más lejanas. Gaitán no era

comunista y no proponía salida alguna del capitalismo, pero sus llamadas “al país nacional contra el país político” asustaron mortalmente al poder. La democracia participativa y las reformas sociales que proponía causaban más miedo que el espectro lejano del comunismo. La gran prensa comenzó a orquestar una campaña de calumnias y difamaciones contra Gaitán y sus seguidores.

Las elecciones parlamentarias de 1947 fueron ganadas por los liberales que, al conquistar la mayoría en el Congreso, aspiraban a neutralizar el poder ejecutivo en manos de los conservadores. La ilusión gaitanista daba fuerza a las manifestaciones populares, que se extendieron a todos los sectores productivos. En mayo de 1947 una huelga general fue reprimida y 1500 trabajadores acabaron en la cárcel. En un clima político y social cada vez más tenso, el ejército y la policía actuaban como cuerpos desligados, muestra de un país abiertamente dividido. Mientras los militares obedecían las órdenes del presidente conservador, los policías actuaban según las indicaciones de las autoridades locales.

La radicalización del país permitió a Gaitán conquistar el apoyo de todo el Partido Liberal, superando a la corriente moderada, que temía sus proyectos reformadores. Sus mítines atraían a un gentío increíble, compuesto sobre todo de trabajadores y personas humildes, fascinados por su fuerza persuasiva y su voz timbrada. Después de la derrota de las organizaciones sindicales y campesinas, el gaitanismo se había convertido en la única fuerza capaz de unir a los pobres de las ciudades y de las zonas rurales. Gaitán era considerado ya como seguro vencedor de las elecciones de 1950. Los conservadores, ayudados por la Iglesia, crearon en algunas regiones milicias privadas para perseguir a los liberales y sus familias. El primer contingente fue reclutado entre los campesinos de Chulavita, vereda ultracatólica de Boavita (Boyacá). Desde entonces, los policías chulavitas dejaron una estela de sangre por todo el país.

Un comunicado de la dirección del Partido Liberal aparecido en *El Tiempo* advertía: “Los liberales respetan la ley pero las autoridades no prestan garantías, ni atienden los clamores del pueblo perseguido y atropellado. Mejor es morir luchando que seguir viviendo bajo la esclavitud”. Unos días después, el periódico conservador *El Siglo* respondió atribuyendo la violencia a las “hordas gaitanistas”. El gobierno minimizaba en Bogotá las denuncias, hablando de “deplorables aunque aislados episodios de violencia”. Un ministro declaró que la violencia se acabaría si los periódicos dejaran de hablar sobre ella. Sólo en 1947 se contabilizaron 14.000 víctimas de la guerra civil que estaba propagándose. En enero de 1948 Gaitán hizo público un “Memorial de agravios” sufridos por los liberales a manos de

los chulavitas. La clase política confiaba en la indisciplina del llamado “país de los bastardos”, capitaneado por Gaitán. El 7 de febrero, el líder liberal respondió congregando en las calles de Bogotá a casi la mitad de sus habitantes en una impresionante “marcha del silencio”. En la plaza de Bolívar, abarrotada de gente, a un centenar de metros del Palacio presidencial, Gaitán dirigió al presidente conservador Ospina unas palabras solemnes: “Todo lo que pedimos, señor presidente, es garantía para la vida humana, que es lo mínimo que una nación puede pedir”.

Aquel mismo día fue ahogada en sangre otra manifestación liberal convocada en Manizales, con un saldo de 14 muertos. El Partido Liberal, contra el parecer de la mayoría de sus directivos, actuaba ya como un partido de clase. Gaitán propuso una reforma agraria radical que provocó el enojo de la oligarquía. El país cayó en el caos. La preocupación alcanzó incluso a Washington. La posibilidad de que Gaitán fuera elegido presidente de Colombia era considerada una catástrofe. El embajador norteamericano John Wiley no se anduvo por las ramas: “Mi reciente almuerzo con él trajo a mi memoria un almuerzo que compartí alguna vez en Berlín con el doctor Göbbels”. Según Wiley, Gaitán tenía “un prejuicio primitivo y violento contra Estados Unidos”.³

El líder liberal sabía que arriesgaba su vida. No le faltaban antecedentes históricos. En 1881 el embajador argentino en Bogotá había manifestado que en Colombia “matar al contrincante no es propiamente un crimen, sino el desarrollo de una táctica política”.⁴ Gaitán rehusaba obstinadamente la protección de una escolta. Repetía a sus amigos: “Quien se proponga asesinarme sabe que si me mata será asesinado”. Y así fue. Apenas fue herido Gaitán por tres disparos de una pistola Smith & Wesson 32, Juan Roa Sierra, de 24 años, fue alcanzado, masacrado a puñetazos y patadas, apaleado, librado de la gente por un policía, encerrado en una tienda a la espera de refuerzos, agarrado de nuevo por la masa enfurecida, linchado, golpeado con piedras y ladrillos, aplastado por un carro tirado por un mulo y, finalmente, abandonado, ya cadáver, ante las verjas del palacio presidencial, semidesnudo, llevando encima tan sólo un par de calzoncillos y, extrañamente, dos corbatas al cuello.

Gaitán había salido hacía poco de su oficina cuando fue abaleado en la esquina entre la carrera Séptima y avenida Jiménez, en pleno centro

3. Informe confidencial estadounidense del 16 de mayo 1947, publicado en *Grandes potencias, el 9 de abril y la violencia*, a cargo de Gonzalo Sánchez.

4. *El Colombiano*, 29 de octubre de 2000.

de Bogotá. Aquella mañana había ganado uno de los procesos más difíciles de su carrera de abogado, iniciada después de un largo periodo de estudios en Italia. En el momento del atentado tenía un nutrido grupo de amigos alrededor de él. A su lado caminaban dos dirigentes liberales que lo tenían agarrado estrechamente por el brazo. Tal vez con cierta excesiva firmeza. Era la una y cinco de la tarde del 9 de abril de 1948, la fecha más infausta de la historia de Colombia. Aquel día empezó una de las más feroces carnicerías del siglo XX. La corrida de hacía dos domingos había sido solamente una trágica premonición.